



Rafael Osío Cabrices

-osiocabrices@hotmail.com



La república heroica

Ana Teresa Torres escribió un libro que se merece todo el éxito que ha tenido. No es un texto para llevarse a la playa; es un ensayo enjundioso, que se mete en lo profundo de su tema, producto de años de pensamiento y de lectura. Se titula *La herencia de la tribu*, lo publicó el sello nacional Alfa y, en mi opinión, y en la de unos cuantos más, es uno de los libros más relevantes que en los últimos años se han publicado sobre por qué los venezolanos somos así, y por qué nuestro país ha llegado a la situación en que se encuentra.

La herencia de la tribu trata principalmente de un tema del que no nos vamos a ocupar en esta columna: cómo se compuso el poderoso hechizo con el que cierto personaje se apropió del país, gracias a las muchas personas que decidieron creerle sus cuentos. Les doy tres pistas: la cosa tiene que ver con el hecho de que nuestras escuelas están llenas de cuadros con señores provistos de una larga es-

pada, con el ensalzamiento permanente y omnipresente de un determinado personaje histórico cuya reencarnación habría llegado para salvarnos, y con que al parecer lo único que interesa de nuestra historia como nación es una devastadora matazón que ocurrió hace 200 años.

Pero el comienzo de ese libro de ensayo histórico me intrigó. Ana Teresa dice que los héroes venezolanos no descansan en el Panteón, que protagonizan las discusiones públicas y nos amenazan con su omnipresencia, pero que también andan dentro de nosotros. "Es posible que cada venezolano albergue uno sin saberlo", dice, "en espera del momento adecuado para presentarse". Pero ojo: aunque suene como un elogio, no lo es. Ella explica, con mucha razón, el modo en que funciona ese complejo heroico. Por ejemplo, al final de una conferencia, el tipo que se levanta, acusa al ponderado y estudioso conferencista de que no ha dicho lo verdaderamente importante, de que no ha hablado del hambre en el mundo. O el que irrumpe cuando otros han hecho un plan modesto pero viable, para imponer una propuesta espectacular, audaz, totalmente irrealizable, que arranca los aplausos de todos y humilla a los dos o tres sensatos que de inmediato se dan cuenta de que el prohombre ha acabado con todo, que nada terminará en nada.

Criados generación tras generación en el relato mítico de la Independencia, tras la cual nada nuevo parece merecer la atención (mucho menos si lo han hecho los civiles), los venezolanos, apunta Ana Teresa, estamos condenados a emular a los próceres y no aceptamos nada que no sea una utopía. Pero como eso no puede ser posible, y como tampoco accedemos a ponernos de acuerdo no en torno a un jefazo sino a un consenso de ideas desprovisto de dramatismo pero práctico, no resolvemos los problemas. Nuestra república heroica se despierta cada día para intentar hacer una revolución, o entrar a la Historia. Mientras tanto, se queda sin agua, sin bosques, sin luz, sin industria, sin talentos, sin riqueza y sin tranquilidad. Mucho martirio y nada de gloria.

La herencia de la tribu nos da donde es, para decirlo en criollo. En nuestro orgullo de muchacho lleno de hormonas descontroladas. En nuestro rol de petroestado soberbio pero subdesarrollado. Nos haría mucho bien leerlo, quitarnos el disfraz de libertador y madurar de una vez por todas. ●